

Carta abierta a la señora ministra sobre la calidad de la Ley de calidad

Muchos medios, pocos fines

Carlos Díaz

Es bien conocida la grave crisis de valores que caracteriza el estadio que se abre con la caída del muro de Berlín, fecha en que el horizonte marxista y socialista, así como las utopías sociales que le eran propias, mueren. Muchos maestros situados en su órbita experimentan entonces la misma crisis que los maestros de la España de Franco cuando ésta desaparece. A una crisis le ha seguido otra en nuestro país, a veces incluso en el mismo maestro.

Pero la neomodernidad que se instaura con la globalización y el nuevo estatuto de Europa no contrarresta los desencantos pasados con nuevos y mejores reencantos. En efecto, el pragmatismo, el funcionalismo, el consumismo y sus derivados sensualistas reducen la escala de valores a sus niveles más bajos, resultando más que difícil llevar al alumno a los valores superiores; las redes informáticas y telecomunicativas, en lugar de servir de herramientas para vehicular saberes nobles, pasan a ser fines en sí, orillando el interés por lo curricular ofrecido en el aula (una teoría no es verdadera porque la admitan los científicos, sino que los científicos la admiten porque la consideran verdadera); la televisión y otros medios de embrutecimiento se convierten en competidores de la escuela, una escuela sin intensidad narrativa; la permisividad y la anomía familiares no siempre parecen el mejor amigo de la disciplina necesaria para que el docente pueda ejercer su función en el aula; la fragilidad de los hogares y las quiebras parentales en nada contribuyen a la armonía entre colegio y familia; la introducción de nuevos saberes, así como la permanente innovación que las propias especialidades introducen, obligan al profesor a una puesta al día para la que a veces carece de tiempo, obligado como está a largas jornadas laborales; en suma, estos y otros factores que el educador conoce bien dificultan su tarea, hasta el extremo de inducir al desaliento, respirándose un clima generalizado de tristeza entre los maestros en general (desde la Primaria hasta la Universidad). No pocos abandonan si pueden, refugiándose en puestos burocráticos, se jubilan anticipadamente, se dan al absentismo laboral, o sestionan porque no pueden llevar adelante de forma digna su trabajo. Cabría resumir afirmando que el siglo XXI se abre con una crisis de valores escolares tradicionales, y con un desfallecimiento de la identidad magisterial. Sin medios adecuados, ni preparación suficiente, y sobre todo sin una espiritualidad interior capaz de afrontar el aspecto positivo que toda crisis comporta, ¿quién ayuda al maestro? Muchas aulas, pocos maestros; muchos medios, pocos fines.

Sin moralina ni pastoralina

A ningún observador le pasa desapercibida la crisis axiológica, y en consecuencia también escolar. Para disolverla (no para resolverla) se recurre a la proliferación de metodologías: nunca hubo más abundancia de tecnologías, ni más grande desarrollo de las destrezas metodológicas, ni se conoció más rápida mutación de planes pedagógicos que hoy: sigue siendo preciso que todo cambie para que todo continúe. Como si en tiempos de crisis fuera posible la mudanza de los muebles, sin tener mejor hogar a donde ir. Como si más reválidas o pruebas fueran el alma que necesita el cuerpo académico, docente y discente. Y, junto a ella, se desenvaina el sable de las medidas autoritarias y disciplinarias. Ahora bien, siendo necesaria también la actualización de esos instrumentos, ¿quién le recuerda al maestro aquella triple dimensión de nutritio, instructio et auctoritas ya señalada en la humanitas latina y

en la paideia griega? ¿Quién le ayuda a sanar su propia alma con el bálsamo de lo eterno cristiano? ¿Quién magistra al maestro, si en las universidades de turno no hay ya quien con su vida sea testigo? Sin catastrofismo alguno podría decirse que casi nadie. Dadas estas circunstancias, no harán falta exordios más prolongados para evidenciar la necesidad de una atención al maestro, a fin de tratar de ayudarlo a reconciliarse con su vocación, al menos para posibilitar su afrontamiento de la crisis con antidotos meliorativos. En este orden de cosas, se hace necesaria una relectura de su identidad. Desde el oficio, no desde la pedantería ni desde el academicismo. Desde la esperanza, y no desde el desfallecimiento.

¿En torno a qué núcleos temáticos? En torno a los valores, los deberes y las virtudes necesarias para el buen enseñar, la identidad vocacional, la experiencia de significado, la dimensión personal del educador, su relación con el alumno y con los padres, su apertura y su radicación en un Quién conferidor de sentido. Lo de siempre dicho desde nuestra coyuntura epocal y con los saberes necesarios, sin moralina ni pastoralina, con el amplio horizonte del personalismo comunitario o del humanismo comunitario como signo de identidad. ¿O acaso no es el maestro una persona en el mundo y con los demás, que enseña a personas para que se comporten como personas, a la vez que como abogados o médicos, y no sólo como abogados o médicos? Sin ese fuste, el frágil velero de Europa (de la Europa de los meros euros) tiene sus días de navegación contados. La presente crisis se entrelaza indisolublemente con la siguiente, son bifurcaciones de una misma raíz. El águila que se lanza sobre el contenido de la realidad como su presa, se olvida de la claridad del aire.

Las verdades del barquero

Estamos hablando, pues, de posibilitar una formación capaz de animar (devolver el ánimo para mejorar su ánimo) al maestro y a la maestra y de devolver su alegría a la comunidad escolar. Las verdades del barquero, lo de siempre. Lo de mis padres, animosos y entusiastas maestros de escuela. Sin verborrea, sin servidumbres, sin mirar a la galería, sin curriculumismo, por gentes que están a pie de aula para gentes que apenas se tienen en pie en el aula. Por supuesto, sin ridículos esquemitas, sin lucidismos, sin nada de eso al uso que encanta al que está lleno de vacío. Se trata sencillamente de dar una imagen del ser humano, de su dignidad personal, de su compromiso social (justicia) y de su amor (caridad, en el sentido de 1 Cor 13), siempre enfocado o aplicado a la escuela, a la persona del maestro para que magistre mejor, aunque no usemos pedagogemas derivados de un lenguaje políticamente correcto y sin fuste. No.

Estamos hablando, pues, de rehacer una antropología personalista y comunitaria abierta a la trascendencia, donde valor, deber y virtud vayan juntas, para no producir calambres esquizofrénicos cuyo resultado es el recurso a la litrona como argumento existencial, por no conocer cosa mejor.

Lo curioso es que, en medio de todo esto, como señala Julián Marías, se lleva mucho tiempo intentando la despersonalización, que los hombres pierdan de vista su condición de personas, que se vean como organismos, reducidos a las otras formas de realidad que existen en el mundo; a última hora, reductibles a lo inorgánico. Por supuesto, sin libertad, sometidos a las leyes naturales –físicas, biológicas, sociales, psíquicas, económicas–, susceptibles de toda manipulación desde todas esas instancias. Una serie de relevos han borrado el carácter personal del hombre. Esta actitud ha solido ir acompañada de un extraño deseo de aniquilación, la voluntad de extirpar en los demás la esperanza de seguir viviendo después de la muerte. Se puede descubrir algo que en el fondo no se entiende: un terror a la supervivencia, acaso a la responsabilidad, a la exigencia de amor. Por si fuera poco, se ha difundido la vida eterna con una imagen popular escasamente atractiva: los bienaventurados, sentados en nubes, con túnicas blancas y tocando el arpa. Y así es la formación de los apóstoles de la litrona y de sus ideólogos, los anacrónicos crónicos, los clérigos del anticlericalismo, el mester de progresía y el master de los mismo.

Perplejidad a tratar: ¿a qué se debe que el humanismo tenga hoy tan pocos novios, y sin embargo tantos padrinos, ya que hasta sus más acérrimos antagonistas enaltecen retóricamente las libertades de la persona?; lo empeñados en silenciar o en erradicar al personalismo comunitario, ¿cómo podrán luego elevar la voz a favor de los derechos humanos? Todavía estoy esperando que alguien lo explique con sinceridad y carácter; albergo la esperanza de que un diálogo profundo y verdadero al respecto eliminaría muchos obstáculos para el encuentro de todas las gentes de buena voluntad, y consolidaría las constantes democráticas más profundas, que sólo pueden ser sinérgicas. Para ese diálogo siempre nos encontrarán dispuestos.

¿Qué humanismo sin Dios?

En todo caso, ¿cómo podría entenderse civilización y sabiduría alguna al margen de sus impregnaciones religiosas concretas? Las cosmovisiones históricas de la Humanidad en todas sus vertientes científicas y artísticas resultarían de todo punto inexplicables sin la presencia en ellas del hecho religioso en mayor o menor grado y en sus diversas manifestaciones particulares. Esto hace de la religión el eje de lo cultural y de lo social.

Ahora bien, ¿piensa su Ministerio que lo confesional religioso elimina o condiciona lo racional, el radical humano? Pero entonces, ¿no se truncaría cualquier humanismo en la finitud clausurada de su inmanencia sin respuestas fundantes? ¿Qué humanismo merecedor de futuro sería ese autocontenido, sin un Dios que redimiera tanta miseria, que hiciese justicia donde no la hubo, que pusiera a salvo de la iniquidad, que nos reconociese en nuestra irrepensible identidad, etc.? ¿No habría que acabar, por tanto, con la anacrónica división escolar entre humanismo ateo y humanismo teísta?

Guste o disguste, el humanismo es hijo del Dios bíblico, y cristiano en su plenitud. Todo el humanismo seminalmente presente en la Humanidad se actualiza en la persona de Jesús, por muy penoso que resulte hoy a una cristiandad difunta hablar de tal humanismo cristiano. Pero, ante el dilema de callar por antitestimonio fáctico, o de rehabilitar su memoria testimonialmente, optamos por lo último, abriéndolo pneumatológicamente a todas las gentes de buena voluntad. No hay otra salida: esta sociedad reniega del ser humano, especialmente si es pobre o débil; ella promueve un materialismo vulgar y por eso exuda resentimiento contra un Dios que es Padre bueno; incluso así, no renuncia a definir lo humano y lo inhumano, los derechos y los deberes, lo que vale y lo inválido; ella, la sociedad que no cree en nada, salvo en su capacidad de hacerlo creer todo por la imagen, vive una soberbia inhumana: aquella que, renegando del amor divino, se afirma en un non serviam del poder, que para su propia desgracia pretende ser como Dios. Un hombre sin atributos ha dado así paso a un hombre con atribuciones, incluida la atribución de metabolizar su propia ruina. Contra eso defendemos un humanismo abierto religiosamente y sin complejos.

Mucho me temo, señora ministra, que a la vista del borrador de su Ley de calidad de la educación, no va a ir muy lejos en su proyecto, si no tiene seriamente en cuenta estas reflexiones que someto a su consideración. Nada me gustaría más que equivocarme.

(Artículo publicado en Alfa y Omega, nº 303, 18-IV-2002)